

la arquitectura y, a su influjo, se levantan originales edificios que fueron modelando el paisaje urbano de Montevideo con los signos de la modernidad que sigue caracterizándola hoy en día, pese al deterioro y la falta de recursos para su mantenimiento.

Se esconde aquí, tal vez, la metáfora que mejor resume el período y la frustrada voluntad de realizar un soñado y pequeño país ejemplar. Más que las obras literarias, son estos monumentos y edificios que conformaron un original «sistema celebratorio», los «lugares» donde la memoria colectiva sobrevive. Con ellos se urde esa «memoria históricamente consciente de ella misma» con que Pierre Nora define a la tradición²¹. A través de su clara función nemotécnica, esa tradición imperante se legitimó y condicionó la memoria individual de los uruguayos través de representaciones retrabajadas como arquetipos de memoria social. En este Montevideo, fachada de una trastienda empobrecida —«el lujo de la miseria» que había denunciado Juan Vicente Chiarino en *Detrás de la ciudad* (1941)— seguía (y sigue) habiendo un señorío incólume.

En sus calles y avenidas se respira una respetable decadencia; en sus edificios sobrevive con melancolía un orden estético no abolido; en sus populosos barrios periféricos está presente el sobrio recato del campo que no ha derogado el éxodo rural; y, por sobre toda la ciudad extendida en forma desordenada, sobrevuela esa sensación de resaca de una fiesta que terminó mal, tras tanto derroche y desperdicio, cuando tenía casi todo para haber sido realmente lo que soñó ser.

La reconstrucción poética de Montevideo

¿Sigue siendo Montevideo ese pasado de Buenos Aires que rememoraba nostálgico Borges en *Luna de enfrente* (1925): «el Buenos Aires que tuvimos, el que en los años se alejó quietamente», esa «puerta falsa en el tiempo», donde las calles «miran al pasado más leve». Una «ciudad que se oye como un verso», con «calles con luz de patio»²²?

²¹ Pierre Nora (Ed.), *Les lieux de mémoire, Paris, Quarto Gallimard. 1997. «Una tradición es una memoria históricamente consciente de ella misma» —afirma Nora (p. 3041)— lo que necesita de una herencia que se asume y una mirada exterior que objetiva ese patrimonio.*

²² Jorge Luis Borges, «Montevideo», *Luna de enfrente* (Obras completas), Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 63. El poema íntegro reza así:

«Resbalo por tu tarde como el cansancio por la piedad de un declive.

Lo cierto es que en la actualidad, más del 50% de la población del Uruguay vive en la capital y su periferia; hacia el norte, las ciudades satélites de límites imprecisos –Las Piedras, Pando y Canelones–; hacia el este, una cadena de pequeños balnearios edificados a lo largo de la costa con casas otrora utilizadas los fines de semana y hoy transformados en una «ciudad dormitorio», la Ciudad de la Costa; han fracturado el destino común de Montevideo, ha quebrado ese conocerse y reconocerse en la convivialidad del pasado. La construcción de ejes –avenidas, periféricos y bulevares– de circulación rápida, atravesando el tejido social de sus barrios de perfiles más definidos (la Ciudad Vieja, el Cordón, la Aguada, Paso Molino, Palermo, Barrio Sur, Arroyo Seco, Bella Vista, Capurro, Parque Rodó, Buceo, Malvín, Carrasco y tantos otros...²³), vías de comunicación entre puntos que tienen más en cuenta el destino que el transcurso, han ido desarticulando el cuerpo urbano en una expansión descontrolada.

La pasada estructura y organicidad de la ciudad, sus calles y barrios, percibida en relación interdependiente con la propia funcionalidad corporal de sus habitantes²⁴, ha fragmentado en apacibles o crispadas relaciones un todo, donde ya no es posible recomponer el bucólico vecindario de ciertos barrios y donde prima la creciente agresividad de ciertas zonas y los códigos de penetrabilidad de las más polarizadas socialmente: porteros y rejas en edificios de *standing*, personal de seguridad en nuevas urbanizaciones de acceso restringido, pero también pandillas y matones en las barriadas periféricas, prohibición tácita de acercarse a la extrema pobreza.

Montevideo ha envejecido y muestra sin retoques ni cirugías estéticas, sus arrugas ciudadanas más lacerantes, las ruinas de la barbarie

*La noche nueva es como un ala sobre tus azoteas.
Eres el Buenos Aires que tuvimos, el que en los años se alejó quietamente.
Eres nuestra y fiestera, como la estrella que duplican las aguas.
Puerta falsa en el tiempo, tus calles rñiran al pasado más leve.
Claror de donde la mañana nos llega, sobre las dulces aguas turbias.
Antes de iluminar mi celosía tu bajo sol bienaventura tus quintas.
Ciudad que se oye como un verso.
Calles con luz de patio.»*

²³ Sobre el tema de los barrios montevideanos existe una abundante bibliografía y una iconografía histórica recuperada en los últimos años y publicada en esmeradas ediciones. Entre otras, Los barrios de Anibal Barrios Pintos (dos volúmenes, Montevideo, Nuestra Tierra, 1971).

²⁴ Al respecto Celeste Olalquiaga sostiene que «los cuerpos se van pareciendo a las ciudades a medida que sus coordenadas temporales son sustituidas por las espaciales. En una condensación poética, la historia ha sido sustituida por la geografía, las narraciones por los mapas, los recuerdos por los escenarios» (Megalópolis, Caracas, Monte Avila, p. 123).

más reciente, cuando durante el período de la dictadura 1973-1985 se demolió, por especulación inmobiliaria y mera desidia, parte del tejido urbano de la Ciudad Vieja, transformada en una «zona carcomida»: «una ciudad fantasma en un doble sentido: «despoblada» y decadente por un lado, y «arrasada históricamente» por el otro²⁵. Pero Montevideo no se resigna a morir. Sus escritores nos lo recuerdan con empeño y nostalgia.

¿Dónde está situado hoy Montevideo en la literatura que lo «inventó»?

A Montevideo hay que «recrearlo» poéticamente y nada mejor que hacerlo —una vez más— gracias a la evocación de los nombres de sus viajeros y personajes más ilustres. Enrique Fierro en «Nacido Neftalí» insiste en que «todo empezó en Montevideo/ que es donde siempre empieza todo», para aludir a la significativa visita de Pablo Neruda («allí llegó y para siempre/ allí quedó Neftalí Reyes») y concluir en que «todo siguió en Montevideo/ que es donde siempre sigue todo» referente poético que se apoya en el de otros: «allí Ducasse allí Laforgue/ Casaravilla Julio Herrera/ y Supervielle y Felisberto...»²⁶. Porque, insistirá en *Otras invenciones*: «aquí, Montevideo/ para nosotros, siempre»²⁷.

La misma obsesiva presencia de Montevideo reaparece en Rafael Courtoisie. En el poema «Tengo en mí» confiesa: «Tengo en mí/ raíces que esta ciudad hace crecer/ raíces que riegan estas calles/ este asfalto hasta hacer brotar sonidos de edificios bajos/ de avenidas tristes...»²⁸.

Montevideo puede ser también «Montevideo, la coquette», una ciudad «llena de sueños», ya que «no se puede estar en Montevideo y estar en Montevideo al mismo tiempo», porque «en Montevideo soñamos con países distantes o amores imposibles o destinos nuevos», como sugiere Alfredo Fressia en *Eclipse*²⁹, antes de recordar que el mar está a cada lado de la península: «la duplicidad de Montevideo».

²⁵ Marta Canessa de Sanguinetti, en *La Ciudad Vieja de Montevideo Montevideo, Ediciones As, 1976*) se exclama: «El montevidiano siempre se ha quejado, y se queja, de la ausencia de lo «típico», de algo que le prestara a la ciudad un tono especial, de la falta de saber y color históricos. Pero ¿cómo pedir tradición si se arrasa con todo?» (p. 155).

²⁶ Enrique Fierro, «Nacido Neftalí», *Murmurios y clamores, Montevideo, Ediciones de lBanda Oriental, p. 91.*

²⁷ Enrique Fierro, *De la invención (1962–1963) en La entonces música, México, UNAM, p.190.*

²⁸ Rafael Courtoisie, *Contrabando de auroras, Montevideo, 1977.*

²⁹ Alfredo Fressia, *Eclipse, Cierta poesía 1973–2003, Maldonado, Civiles iletrados, 2003, p. 74.*

Morir en Montevideo

Para Arbeleche, más allá del mito forjado por Alejandro Dumas en la novela *La nueva Troya* a que evoca «desde la bahía de agosto de/ Monte vide eu», la ciudad está hecha de fragmentos de memorias. Montevideo son las calles donde se conocieron sus padres: «Alguna vez oí/ fue en la calle Sarandí –paseando– /que mis padres hicieron una trenza /de tiempo y de miradas», aunque esa «pareja adolescente» creyera ser Paris y Helena partiendo hacia su Troya. Sin embargo, en «Muerte en el verano», Arbeleche juega con otras complicidades. Bajo el epígrafe de César Vallejo, «Me moriré en París con aguacero», completa:

Me moriré en Montevideo una siesta de enero, calurosa
cuando el sol se pone a jugar con las cometas del
aire del Buceo.
Aquí me moriré. Contento.
Al pie del cerro y su bahía.
Junto al mar. Con los ojos abiertos y serenos³⁰.

Todos los signos topológicos que han significado poéticamente la ciudad están presentes: la bahía, el cerro, el aire del Buceo, ese «río como mar» que regresa, una vez más, a sus versos.

Esta recreación de Montevideo en la que se esfuerzan los poetas puede llevarse al extremo de imaginar «otra» ciudad, un «Montevideo–otro» como hace en prosa la poetisa Ida Vitale. «Me someto hace años, por amor a Montevideo, a la creación de una ciudad mágica y tormentosa, establecida entre aguas y vientos, que bien podría llamarse con ese mismo nombre creado, discutido, extraño: Montevideo» –sugiere–, porque:

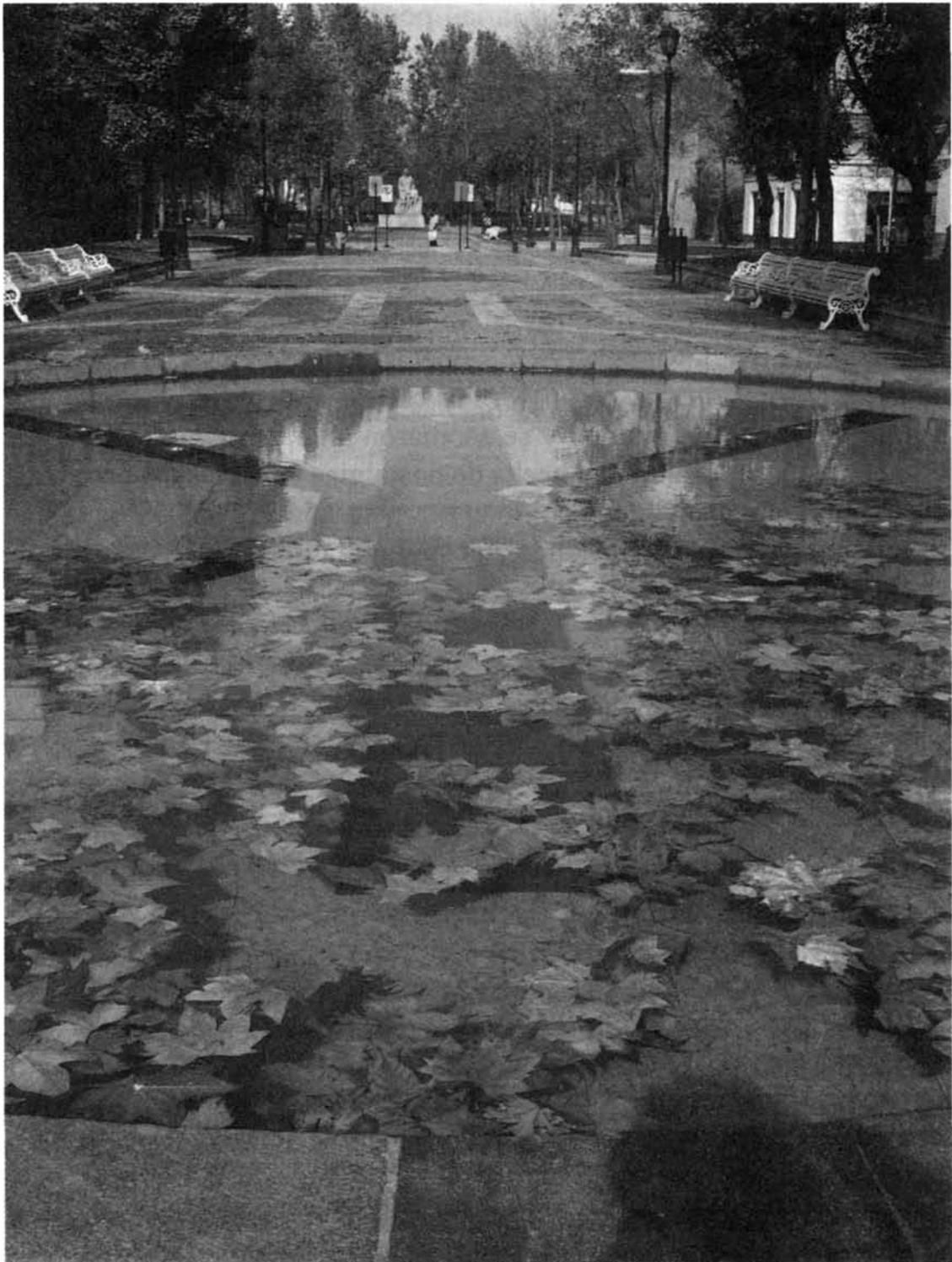
Los nombres reciben a veces un aura envolvente desde las ciudades que ellos designan. En otras ocasiones la sonoridad de unas pocas sílabas teúrgicas levanta en vuelo partículas de lo que nombra y las fija para siempre en la más receptiva de las sustancias, en la memoria del que detesta *el juego pesado de la realidad*. Así para mí Basora, Upsala, Urgel y, para algunos, Montevideo³¹.

³⁰ Jorge Arbeleche, «Muerte en el verano», *Las vísperas*, Antología, Montevideo, Ediciones Destabanda, 1987, p. 39.

³¹ Ida Vitale, «Montevideo (el otro)», *Léxico de afinidades*, México, Vuelta, 1994, p. 150.

Hay una «real ciudad imaginaria» posible. Para ello, Ida Vitale se propone una «duplicación» personalizada —ese «otro» Montevideo fruto de sus «perversas aunque inocentes imaginaciones»— que construye según preferencias que adjudican colores variables según «las estaciones o los lectores», aromas y fragancias de flores y plantas penetradas por olores marinos y una fragilidad que amenaza con el derrumbe de toda su fantasía («debo vigilarla segundo a segundo para que no se derrumbe»).

Inventada o no; este u «otro» Montevideo, la ciudad sigue siendo la escenografía real levantada por sus poetas, narradores y por la sombra de los escritores que pasearon por sus calles, se detuvieron frente a la «jirafa de cemento armado» y se asomaron a las ambiguas orillas del «río como mar»; una ciudad hecha de nostalgias y recuerdos, pero también de la vida misma que «como el río, permanece y anda», en la que se reflejan sus pasadas ilusiones y la sobria dignidad con que se afronta el presente.



Bulnes-Chile